

# Comparación y reconstrucción lingüísticas

LUIS MICHELENA ELISSALT (1915-1987)\*

Desde sus mismos comienzos, la lingüística indoeuropea ha sido a la vez modelo y avanzada de la reconstrucción, comparativa e interna. A ello han contribuido la riqueza, variedad y antigüedad de la documentación, cada vez más abundante, a que desde un principio ha tenido acceso; el prestigio de las lenguas clásicas y la reducción romántica de la India lejana; la vitalidad y expansión de lenguas modernas como las románicas, germánicas y eslavas; para no citar más que las europeas; finalmente, *last but not least*, el crecido número de investigadores dotados, muchos genialmente, que han dedicado a este campo toda o casi toda su labor. Bien es verdad que, como alguna vez se suele afirmar, la demostración del parentesco de las lenguas fino-ugrias, luego urálicas, acaso no sea posterior, y que de esta demostración previa se siguió una larga actividad comparativa con teorías como las de la gradación o apofonía consonántica tan amplias, y tan discutidas, como sus correlatos indoeuropeos. No es menos cierto que las lenguas semíticas, de parentesco evidente, cuentan con testimonios muy anteriores a los primeros datos históricos de las lenguas indoeuropeas, aún después de que las lenguas anatólicas y el griego micénico nos facilitaran documentación directa del segundo milenio anterior a nuestra era.

\* El autor abordó este tema en distintas ocasiones. Facilitamos a continuación los títulos correspondientes: 1) "Comparación y reconstrucción". *A propósito de Sproget de Louis Hjelmslev. Emérita* 37 (1969) pp. 99-135. Reeditado en *Lengua e Historia* (1985) pp. 23-54. 2) "Comparación y reconstrucción en lingüística" *Lección inaugural del curso académico 1981-1982 de la Universidad del País Vasco*. (Bilbao 1981) in *Lengua e Historia* (1985) pp. 86-96. 3) "Problemas generales de la reconstrucción y la posición del grupo de lenguas indoeuropeas en Asia Menor". Ponencia presentada con motivo de la *Oposición a la cátedra de lingüística indoeuropea, de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca* (25.IV.1966) *FLV* 69 (1995) pp. 205-242. El texto que presentamos difiere notablemente de los trabajos publicados hasta ahora o, al menos, de los que figuran en las bibliografías del autor.

Falta el anexo de notas cuyas llamadas el autor había señalado inicialmente en el texto, y que luego fueron tachadas. Suprimió igualmente la numeración que previamente había puesto al inicio de los párrafos, por lo que hemos quitado las alusiones a la misma. Los materiales proceden del archivo familiar de Mítxelena y dedicamos la publicación a su memoria en el décimo aniversario del fallecimiento. (N. de la R.)

Pero a las primeras, las urálicas, les falta profundidad temporal –se halla, naturalmente, en términos relativos– y a las semíticas variedad, ya que su diversidad, si se prescinde por el momento de la que resulta de las enormes diferencias en fecha absoluta o “edad externa” de los testimonios, es de un grado semejante al que observamos en las lenguas románicas, germánicas o eslavas. La imagen, en este último caso, sería completamente distinta si se incluyeran en la corporación las llamadas lenguas hamíticas, encabezadas según su orden de aparición por el egipcio antiguo, seguido de muy lejos por el libio, mal conocido además por un puñado de inscripciones. Pero un número reducido de buenas ecuaciones léxicas, unido a una semejanza manifiesta de bastantes índices gramaticales y a coincidencias sorprendentes en los esquemas, no ha bastado todavía, ni quizá llegue nunca a bastar, para dar fundamento a una reconstrucción de estadios prehistóricos comparable, siquiera sea de lejos, a lo que se ha hecho en campos más favorecidos.

Las consideraciones procedentes señalan la importancia decisiva en cualquier tentativa de reconstrucción de un aspecto cuantitativo: el de su escala, que depende de la dispersión de los testimonios en el tiempo y en el espacio. Dejada aun lado la “long-range comparison” de M. Swadesh y otros, que es pre-reconstructiva –en el sentido de que es anterior y previa a cualquier tentativa de reconstrucción o bien, si la situación misma o nuestra manera de ver es más pesimista, en el de paso último, cuando una reconstrucción, en el sentido pleno de la palabra, no es posible–, podríamos distinguir entre una reconstrucción a gran escala y otra a escala menor: bien se entiende, claro está, sin entrar en la dialéctica de la cantidad y de la cualidad, que se trata de una distinción relativa, entre dos amplias zonas sin fronteras precisas.

La reconstrucción a escala reducida, ya esté determinada por la naturaleza misma de los materiales disponibles o bien se da a una restricción voluntaria aconsejada por razones prácticas, carece de profundidad temporal o, en otras palabras, reconstruye formas y fragmentos de sistemas de un pasado poco anterior a los testimonios utilizados. Pero la imagen o el conjunto de imágenes que nos faculta sobre una prehistoria nada remota suelen ofrecer la ventaja de ser bastantes unitarias –o, por lo menos, fáciles de integrar en una visión de conjunto–, sin que se presenten problemas mayores de cronología relativa. No todo lo que se reconstruye puede ser evidente proyectado a un plano sincrónico, en un sentido riguroso, pero el margen de dispersión temporal es muchas veces suficientemente pequeño para que en la práctica pueda prescindirse de él.

En la reconstrucción a gran escala, y la del indoeuropeo es probablemente el mejor ejemplo de que podemos valernos, la profundidad temporal que se alcanza a penetrar es, por el contrario, muy grande. Pero esta inmensa ventaja trae siempre consigo un grave inconveniente: la distorsión y dispersión de las imágenes que pertenecen, sepámoslo o no, a muy distintos planos temporales. No pueden ser integradas, por lo tanto, en un sistema único, sino que, como cada día vemos mejor, deben disponerse en una sucesión de sistemas o de hechos más o menos sistemáticamente trabados. El establecimiento de cronologías relativas mediante la aplicación de criterios objetivos y unívocos en lo posible es, pues, de importancia esencial. Y que esto no siempre es sencillo lo prueba, por citar un ejemplo, la diversidad de criterios que siguen disputándose el terreno acerca del orden de sucesión y del condiciona-

miento mutuo de los dos actos de la apofonía cualitativa indoeuropea: la alternancia *e/o* y la alternancia *e/ø*.

La misma ordenación de los testimonios, es decir, la fijación de las relaciones mutuas de proximidad o lejanía entre las lenguas que sirven de base a la reconstrucción, puede ser tarea muy complicada, aunque en la lingüística indoeuropea –probablemente por fortuna– quedó simplificada, excesivamente simplificada en realidad, por el prestigio de ciertos modelos antiguos y muy en particular por el del indio antiguo. Volviendo una vez más a la analogía, mera analogía, entre la reconstrucción lingüística y la crítica textual, conocida y señalada desde Curtius por lo menos, se podrían comparar la reconstrucción a escala mayor y menor con las tradiciones manuscritas o “demasiado complicadas” o “demasiado simples”. En todo caso, hay siempre en la reconstrucción un elemento de indeterminación, que aparece como un dilema: la unidad, por relativa que sea, de la protolengua reconstruida sólo se consigue a costa de reducir la penetración en el tiempo y esta penetración sólo aumenta con daño de la unidad.

En otro lugar me he referido a la dificultad que presenta la ordenación y jerarquización –clasificación y subclasificaciones– de las lenguas-testigo, haciéndome eco de la opinión de Bonveniste, según la cual es dudoso que el modelo construido para las lenguas indoeuropeas tenga aplicación a otras familias lingüísticas, como las lenguas bantu, por ejemplo. Tendríamos aquí una “parenté par enchaînement”, ya que cada lengua o subgrupo de lenguas se relaciona estrechamente con las vecinas y menos con las más distantes y de un extremo del área al otro vamos pasando de un eslabón a otro muy semejante hasta que, acumulándose las diferencias con el aumento de la distancia, acaban por llegar a ser muy grandes.

Pero ahora me parece sumamente dudoso que, aun prescindiendo de las deficiencias de hecho muy reales que no se dan en algunos campos –por el número de lenguas a comparar en relación con el número de los investigadores hay varios que no están en condiciones de igualdad con el dominio indoeuropeo–, el concepto de “parenté par enchaînement” sirva de mucho, como no sea tomado como simple reconocimiento de impotencia provisional. No creo, sobre todo, que situaciones como las mencionadas constituyan en principio un desafío a los métodos comparativos. Greenberg, por ejemplo, trata de explicar, no sin fortuna, cómo ha podido llegarse a situaciones como la que encontramos en el dominio bantu o acaso en el austronesio.

Sería un error, además, creer que nada parecido se halla en las lenguas indoeuropeas. Si nos atenemos a las románicas, por elegir un grupo familiar, el hecho de que nadie se esfuerce en serio por reconstruir el ibero-románico, el galo-románico, etc., para llegar de su comparación al románico común, se debe sin duda a que todos tenemos la arraigada convicción de que tales agrupaciones y protolenguas intermedias carecen de utilidad –no digo ya de realidad–, como no sea para problemas muy concretos del del vocalismo en sílaba acentuada, por ejemplo, para el cual se puede llegar a establecer y se han establecido de hecho sistemas regionales.

La falta de utilidad de las reconstrucciones parciales es en este caso el reflejo de un hecho histórico. Sobre todo porque la “separación” entre los miembros de la familia, concepto básico de la glotocronología, está muy lejos de haberse producido en un lejano punto de tiempo, como han señalado

Coseriu y otros: en realidad, siguen en buena medida sin haber terminado de separarse. No es que la acción mutua entre las lenguas, como la gravitación, no pueda obrar a distancia (piénsese, por citar un solo caso en la relación entre francés y rumano en el siglo pasado), pero es evidente que la proximidad en el espacio, y sobre todo la contigüidad facilitan el intercambio y con él la extensión de hechos lingüísticos de todo tipo, extensión favorecida por las semejanzas estructurales, aunque no lo impidan ni siquiera las diferencias tipológicas más profundas.

No es, pues, comparable el caso de lenguas emparentadas que han tenido largas épocas de desarrollo independiente en espacios a veces muy alejados entre sí o que han entrado en contacto (germánico y románico, etc.) cuando ya estaban radicalmente diferenciadas, con el de dialectos que se han ido sedimentando sin movimientos bruscos de población en el curso de los siglos (gallego-portugués y asturiano-leonés, catalán y alto-aragonés, dialectos vascos, etc.), que no conocen fronteras y soluciones de continuidad, sino transiciones paulatinas y graduales: en otras palabras, la discontinuidad de unos se opone a la continuidad de otros.

Un corolario de las consideraciones precedentes es que, a la inversa, los criterios geográficos establecidos por Bartoli y practicados sobre todo por los “neo-lingüistas” italianos, cuyo valor y utilidad no pretendo negar en absoluto, sólo encuentran plena aplicación en el caso de dialectos que han ido divergiendo sin saltos dentro de un *continuum* geográfico, sin grandes trasiegos de población y sometidos a la influencia de centros culturales y administrativos. Con esta limitación, pueden considerarse objetivos, aunque su aplicación no sea siempre fácil, sobre todo en los casos de colisión de criterios, por razones evidentes y conocidas, pero sólo con esta limitación. Con relación a las lenguas indoeuropeas, cuya primera aparición histórica da ya claro testimonio de una enorme dispersión en el espacio, sin contar con los movimientos posteriores de pueblos, su valor, al menos como normas que aspira a la objetividad, es sin discusión muchísimo menor.

La continuidad, por el contrario, supone las mayores facilidades para la contaminación, para la “transmisión horizontal”, cuya importancia, por ser tan real como es, ha tenido que ser cada vez más reconocida, desde J. Schmidt por lo menos, en el campo de la reconstrucción lingüística, paralelamente a lo que ha ocurrido en la constitución de textos. Esta es, según mi personal entender, una circunstancia más bien desfavorable para el comparatista que se movería con mayor seguridad, lo mismo que el crítico textual de corte lachmanniano, si no hubiera más transmisión que la “vertical”, la que permite la aplicación de procedimientos puramente mecánicos, y como tales formalizables en sus grandes líneas, sin tener que recurrir a ninguna forma de pensamiento “creador”. No tiene, sin embargo, mayor sentido el manifestar alegría o depresión por la presencia de condiciones y circunstancias que existen y que ninguna lamentación puede alcanzar a eliminar. Han de ser tenidas simplemente en cuenta ya que, como decía Paul Mass, *gegen die Kontamination ist kein kraut gewachsen*.

Esto nos lleva a la cuestión de la utilidad de la restitución de “unidades intermedias”, admitida ya implícitamente al menos como expediente impuesto por las circunstancias, de reconstrucciones escalonadas, como si dijé-

ramos de subarquetipos. Será mejor atenerse por el momento a su utilidad y dejar más para adelante la cuestión de su realidad.

La prueba práctica, el criterio de la fecundidad, les ha sido por lo general desfavorable, como todo el mundo sabe. Sería muy larga la lista de unidades –el italo-céltico, por ejemplo, con sus dos ramas– mencionadas en otro tiempo a menudo, aunque nunca reconstruidas en realidad, cuyo nombre ha ido desapareciendo de la literatura especializada.

Está claro que tales unidades debieron el bautizo, aunque quedaron nonnatas, a una concepción ingenua de las relaciones entre las lenguas de una familia, que procedían de esquemas demasiado simples, tan simples que no pudieron resistir a la prueba de la aplicación a casos concretos.

Sería, sin embargo, una exageración manifiesta afirmar que han desaparecido en absoluto, todas y cada una de ellas. Tenemos ante los ojos el ejemplo manifiesto del proto-románico, que interesa reconstruir y se ha reconstruido, ya que por él y sólo por él se pueden explicar –no sin residuo, naturalmente– los hechos de las lenguas románicas. Y al reconstruirlo se puede prescindir y se prescinde de hecho de toda referencia a escalones más altos de la reconstrucción.

En este caso concreto, se podría objetar, el objeto real al que trata de aproximarse la reconstrucción es una lengua y una lengua determinada, de historia bien conocida: el latín. Otro tanto podría decirse, supongo, de la base común, *koiné*, de los dialectos griegos modernos, con la excepción de la herencia de los dialectos antiguos en tsaonio y maliota. Por el contrario, falta una constancia histórica semejante en otras reconstrucciones de unidades intermedias.

Pero, si tomamos el germánico y el eslavo comunes –o, si se prefiere, el protoeslavo y el protogermánico–, es un hecho que estas protolenguas, basadas en el testimonio de dialectos relativamente poco diferenciados, presentan todas las características del protorrománico y se conducen a todos los efectos prácticos como éste: su imagen es aceptablemente unitaria, lo cual no excluye en algún punto dualidades e incluso multiplicidades. Pero esta admisión de variantes en el arquetipo, aunque sea poco deseable por razones metodológicas, no constituye ninguna contradicción que invalide la teoría y, sobre todo, la práctica de la reconstrucción a esta escala intermedia. No hay teoría o modelo que explique los hechos para los cuales han sido concebido o diseñado sin dejar un residuo refractorio. Y sería inaudito que una exigencia imposible de cumplir por las ciencias de la naturaleza le fuera impuesta a una disciplina cultural.

Otras unidades intermedias que han defendido bien el terreno son, en el campo indoeuropeo, el indo-irainio, el protogriego –al que todos recurren en la práctica, si no en la teoría, siquiera sea ocasionalmente y movidos por la necesidad del momento– o el mismo protocéltico (protobritánico más goidélico más los escasos restos del celta antiguo, continental e insular).

Habría que decir quizá que más allá de un cierto grado de divergencia entre los dialectos considerados la reconstrucción, entendida siempre en la escala intermedia, carece de interés o, lo que equivale a lo mismo, de utilidad, sobre todo si la divergencia va acompañada de coincidencias notables que pueden ser, al menos en parte, debidas a convergencia secundaria, llámesele contacto, aculturación o transmisión horizontal. Pero, aun en este caso, es

por lo menos dudoso que no quepa apelar al escalón intermedio para tratar de problemas limitados y parciales. Así, y a pesar de todas las dudas que han ido acumulándose sobre esta unidad, no sin notorias exageraciones, Martinet ha recurrido al para algunos desacreditado itálico común para cuestiones de consonantismo –y lo mismo, y mucho más fácilmente, podría hacer cualquiera, y de hecho se hace, para el vocalismo– y el balto-eslavo, por difícil que sea determinar unívocamente la relación entre sus dos ramas, reaparece una y otra vez, al menos en contextos limitados, y no será fácil eliminarlo por completo.

A mi entender y con todo respeto para otros pareceres más autorizados, no hay diferencias mayores entre unos lingüistas y otros –o, al menos, no hay diferencias esenciales o insalvables– en la práctica de la reconstrucción. Los hay simplemente, y no intento dar un carácter valorativo a los calificativos, más rigoristas y más laxos, más mecanicistas y más inclinados a combinaciones complejas, más audaces y más tímidos, etc. Las divergencias se hacen por el contrario radicales cuando se empieza a hablar de la teoría o, mejor, de la metateoría: de la meta-reconstrucción, si vale decirlo así, y no ya de la reconstrucción.

Es natural y hasta necesario que uno se pregunte por el valor de la reconstrucción, es decir por la adecuación o falta de ella de los productos de la reconstrucción a una realidad pretérita, a la que por lo general nos falta toda posibilidad de acceso directo. Que esta adecuación existe o debe existir dentro de ciertos límites –entendida en el sentido de una aproximación, todo lo imperfecta y grosera que se quiera– es, creo una creencia extendida, si no común: no habría razón, de otro modo, de preferir una reconstrucción a otra, de alguna manera nos movemos o intentamos movernos en el reino de la realidad, no en el de la pura fantasía. La cuestión estriba en saber qué clase de realidad es esta “realidad” nuestra, ya que las hay de muy diverso jaez.

Insisto una vez más en qué aquí es necesario establecer de manera tajante la distinción, preconizada por Coseriu en otro contexto, entre el plano del objeto y el plano del método, entre lo ontológico y lo metodológico. Porque la reconstrucción, disciplina empírica, sólo lo es a medias: en cuanto que se basa en hechos empíricos que deben ser explicados por otros, que ya no están sometidos a la condición de observabilidad, como justamente señala Roch Valin, aunque alguna vez, por algún azar improbable y afortunado, puedan llegar a ser observables. “Die beschreibende Wissenschaft –decía H. Schuchardt– ist nur eine Vorstufe der eigentliche, der erklärende Wissenschaft ... Überall stossen wir auf Entwicklung; demzufolge muss das Sein aus dem Werden erklärt, der genetischen Methode die Herrschaft zuerkannt werden”.

Es probable que, cuando discutimos dentro del terreno ontológico, nos inclinemos a ver en nuestros adversarios opiniones radicales que ellos no aceptarían como propias sino con muchas restricciones y, por otra parte, a acentuar y exagerar, por contraste y llevados del furor polémico, las que nosotros mismos sustentamos: hay mucho maniqueo y mucha cabeza de turco forjados al calor de la discusión. Posiblemente también, si ésta se centra en el único terreno realmente productivo y sometido a verificación, siquiera haya ésta de ser indirecta, que es el de los métodos, la disparidad de opiniones llegaría a parecer menos decisiva.

Se podría hablar, sin mayor hipérbole, de una cierta crisis de la reconstrucción en los últimos tiempos, aunque no en modo alguno de una quiebra. La crítica se ha hecho cada vez más aguda para lo que se refiere a los métodos mismos de reconstrucción como también y sobre todo para los resultados obtenidos con su aplicación, cuyo valor y significación no se nos aparece tan clara y unívoca como en tiempos pasados. Esta reflexión crítica es sin duda necesaria y saludable, pero ha supuesto una restricción y una traba para unos procedimientos cuyo poder no ha aumentado ni mucho menos, aunque a veces se manifiestan opiniones más optimistas, de manera comparable al crecimiento de recelos y escrúpulos.

Construcciones amplias y aparentemente sólidas se han abandonado, y en ninguna partes es esto más verdadero que en la lingüística indoeuropea, sin que hayan sido sustituidas por otras tan comprensivas como las anteriores, o bien, y esto no es acaso mejor para quien no se sienta con fuerzas para diseñar o elegir su propio sistema, el consenso general ha sido sustituido por el choque de teorías encontradas. Todo esto no constituye, sin duda, un mal desde un punto de vista objetivo, sino todo lo contrario, pero es a menudo motivo subjetivo de incomodidad y malestar.

Las concepciones estructuralistas mismas, una vez superado el exclusivismo que por reacción hacía de la descripción el campo único de la lingüística menospreciando o desechando la diacronía, han aportado una contribución esencial a la comprensión y hasta cierto punto a la explicación de la evolución de las lenguas. Pero la necesidad de operar con sistemas, que todos o muchos hemos aprendidos de ellas, sin poder contentarnos ya con el examen de elementos aislados, añade dificultades a una tarea ya difícil y el estructuralismo, en su aplicación a la reconstrucción, no ha proporcionado –todavía– instrumentos de reconstrucción cuyo poder de penetración sea sensiblemente mayor que el de los antiguos. Bien es verdad que al decir penetración se refiere a la penetración retrospectiva, hacia un pasado no documentado, porque la aplicación sistemática de la “reconstrucción prospectiva”, la que marcha en el sentido del tiempo, es una secuela del estructuralismo. Y, entre los métodos de reconstrucción, el de la reconstrucción interna es y ha sido siempre estructuralista por su esencia misma. No es, por lo tanto, una casualidad que se deba a Ferdinand de Saussure, en su famoso *Mémoire*, una de las más brillantes y audaces explicaciones del estructuralismo a la reconstrucción, que sigue siendo hoy una piedra angular, aunque para algunos sea piedra de escándalo, de la fonología indoeuropea.

Lo que sigue en pie y lo que todos seguimos usando, sin duda porque tiene un valor real, es el antiguo aparato, en forma conservadora o en versiones modernizadas, de la reconstrucción lineal, basado en el postulado de la regularidad –relativa, sin duda– de los cambios fonéticos, por lo menos en lo que tiene de externo, de mera notación. Bastará con apuntar aquí su semejanza, nada superficial, con el lenguaje de la lógica formal. Disponemos, en suma, de un puñado de símbolos, correspondientes a fonemas al menos en la intención, con los cuales se pueden construir fórmulas que serán correctas si están sometidas a ciertas restricciones combinatorias. Hay después operaciones que pueden hacerse con ellas, operaciones que consisten en la aplicación de fórmulas de sustitución contextualizadas, cuyo resultado son o deben ser, si las operaciones son correctas, formas efectivamente documentadas en las len-

guas históricas cuyo ser se trata de explicar por este devenir. Porque no podemos dejar de suponer que estas fórmulas, separadas por su asterisco del reino de la realidad histórica, “tienden a corresponder, en algún nivel y por muy aproximadamente que sean, a una realidad lingüística preexistente”.

Ya señalé en otra ocasión (en 1963) la semejanza que estas fórmulas de sustitución tienen con las transferencias de la gramática generativa. Y al sugerir allí que su aplicación podría servir a la novela lo mismo que sirve a la historia, ya que se podrían aplicar reglas de transformación distintas de las atestiguadas históricamente (donde la ficción, por azar, podría coincidir con la realidad), se podía haber añadido que, del mismo modo, podrían construirse gramáticas transformativas de lenguajes completamente imaginarios.

La diferencia, porque se trata de una simple analogía, no de una identidad, está en que la reconstrucción lingüística se mueve siempre al nivel de la lengua, no del habla: sus símbolos son elementos de un inventario, del inventario fonológico de la lengua protolengua, y las formas que con ellos se construyen forman parte de distintos inventarios que se integran en diferentes paradigmas. Por eso sin duda las restituciones de textos que alguna vez se han realizado —recuérdese la famosa de Schleicher y, a escala menor, la de Robert A. Hall, Jr.— se han aceptado como especies de *divertimenti*, más o menos ingeniosos y amenos. Por el contrario, la gramática transformativa se mueve en el plano sintagmático, en el de los mensajes más que en el del código, y genera textos, como la crítica textual, aunque en un sentido quizá radicalmente distinto. Lo más que se ha podido hacer en este orden en la reconstrucción lingüística es tratar de determinar el orden respectivo en la frase de determinadas clases de morfemas, como en los brillantes ensayos recientes de Watkins, que contaba con ilustres precedentes.

Pero, aun dentro mismo de lo que hay de puramente lineal en la reconstrucción —es decir, en lo que en esta puede reducirse a cambios generalizados que se pueden resumir en las antedichas fórmulas de sustitución, sin tener que recurrir a combinaciones más complejas—, no todo es simple ni mucho menos: hay en ello dificultades de muy otro orden que la de seguir en la notación unas tradiciones u otras.

En la base misma del método comparativo están las igualdades o ecuaciones que se establecen entre formas total o parcialmente equivalente de lenguas distintas o de estados distintos de una misma lengua. Esta “identidad diacrónica” es esencialmente, como se sabe, una identidad formal: las formas totales o los segmentos de formas que se corresponden resultan de transformaciones lineales de una misma protoforma. Los cambios de valor —no absoluto, sino determinados por la posición del morfema en cada uno de los diferentes sistemas— no pueden ser reducidos, y esto también es sobradamente conocido, a pura linealidad. Lo que está tan claro en teoría es, sin embargo, mucho más complejo en la práctica, ya que los comparatistas se han visto siempre obligados a considerar formalmente igual lo que es formalmente distinto y, a la inversa, a despreciar ecuaciones formalmente perfectas.

No es solo que, pongamos por caso, la ecuación gr. ἵππο (y probablemente la de toc. A *yuk*, B *yakwe*) = lat. *equos*, etc., requiera importantes correcciones para su ajuste. Es que además igualdades que no necesitan retoques (como lat. *equa* = ind. ant. *áśvā*, lit. *ašvā*, etc.) carecen de todo valor

probativo, ya que no son más que la realización tardía o independiente de virtualidades comunes.

Hoy, por el contrario, la aceptación de igualdad en el que, por ejemplo, arm. *berem* corresponde a gr. **φέρω**, etc., porque su grupo es la mejor correspondencia que tiene en armenio la clase primera de presentes indios y sus correlatos en otras lenguas. Para no salir del armenio, es bien sabido que es probativa la correspondencia de arm. *erek*, *čork*, gr. **τρεῖ** , **τέσσαρε** , frente a arm. *erku*, *hing* (hom.) **դւրս**, **քեռտե** puesto que los numerales “tres” y “cuatro” y sólo ellos llevan en una y otra lengua un índice de plural, en contraste con el dual “dual” (arm. *-u* = gr. *-o*) y con los numerales superiores sin desinencia, y esto con entera independencia de que la correspondencia arm. *-k* = gr. *-s*, muy discutida, sea fonológicamente correcta o no.

En otras palabras, hay que admitir igualmente morfológicas al lado y además de las igualdades de carácter estrictamente fonológico. Así en la apofonía tenemos un grado cero tanto en lat. *coctus* = gr. **πεπτό** = lit. *kèptas* como en lat. (*re*)*lictus* = lit. *liktas*, etc., y un grado pleno tanto en gr. **ἴανγο** , lat. *aes* (got. *aiz*) como en gr. **μένω** , lat. *genus*, etc. Y este tipo de equivalencia morfológica, distinto de la identidad fonética, es susceptible de ir renovando sus formas con el curso del tiempo: cf. el vocalismo *a* del nuevo grado cero en lat. *fractus*, *grass-* (cf. *grassāri*), *nactus*, *ratus*, etc., extendido también a otras lenguas indoeuropeas, como el celta, por ejemplo.

La identidad puede incluso no ser ni fonética ni morfológica, sino que se reduce a una coincidencia en la distribución: lo que es idéntico son las casillas mismas –no me atrevo a llamarlas tagnemas– independientemente del contenido o, al menos, con una gran autonomía respecto a él. Tiene sin duda significación el fenómeno de suplección que hallamos en cast. ant. *vo(y)*, *vas*, *va*, *imos*, *ides*, *van*, fr. *vais*, *vas*, *va*, *allons*, *allez*, *vont*, y de modo parecido en otras lenguas románicas, aunque evidentemente no se puedan igualar *imos*, *ides* y *allons*, *allez*, de muy distinta procedencia (de antiquísimo linaje los dos primeros y advenedizos de origen discutible y discutido los segundos).

En este caso, desde luego, conocemos no sólo la distribución irregular, sino también su razón, que es la misma que señaló Nackernagel para la presencia del aumento en terceras personas de aoristos armenios como *eber*, *egit*, *elik* (cf. hom. **ἐλφῆ/φάπτο**, etc.): el condicionamiento de la forma de una palabra por su cuerpo o volumen (“Wortumfang”). Pero tales distribuciones irregulares son también significativa, como enseñó repetidamente Moillet, cuando las causas son ajenas al plano de la expresión: así en lat. *ferol(te)tuli*, frente a gr. **φέρω/ήνεγκ**, **εἵνηνεκ** o en arm. *utem/keray*, frente a gr. **եյժ-**/**եղփացոն**, etc.

Cada día prevalece más la idea de que la distribución sola no es fundamento suficiente para la descripción adecuada de un estado de lengua, pero la insistencia en la distribución, característica sobre todo de la lingüística norteamericana pretransformativa posterior a Bloomfield, aparte de que ha dado el relieve debido a los aspectos directamente observables del lenguaje, de modo que en adelante ya no es posible al recurso ingenuo a la introspección, ha prestado indirectamente un gran servicio a la reconstrucción que, por su misma naturaleza, depende de la forma mucho más que la descripción. Hay ya algunos excelentes ejemplos de utilización de la distribución, en particu-

lar de la complementaria, en la reconstrucción y en la demostración de parentescos.

Aun a riesgo de divagar, creo que no será una pérdida de tiempo hacer aquí un inciso sobre una cuestión que toca también a la distribución y que no es más que una reflexión explícita sobre algo que, como tantos otros puntos de la metodología comparativa, es práctica conocida y bien establecida desde hace mucho tiempo.

Más abajo se han mencionado algunas similitudes entre la reconstrucción lingüística y la crítica textual: a nadie se le oculta tampoco el paralelismo que existe entre las innovaciones lingüísticas, aisladas o compartidas, y los errores, *singulares o coniuñctiui*, de la tradición manuscrita.

En ambas disciplinas pueden suceder que en casos determinados al número y autoridad de los testigos presumiblemente independientes y opuestos entre sí no permita tomar una decisión. Entonces hay que restituir la “lección” original con argumentos probabilistas o, lo que es lo mismo, hay que intuir el nexo causal que une las variantes y de éstas se elige aquélla de la cual se sigue la otra u otras con mayor facilidad, como por la línea de máxima pendiente.

Así nadie duda de que la *-d* común a nombres y pronombres neutros en licio, lengua que por otra parte aparece aislada a este respecto en la misma Anatolia, es una innovación frente a *-d* en los pronombres, *-m/-f* en los nombres, común a las demás lenguas; también parece haber acuerdo en que *-d*, limitado al ablativo sing. de los temas en *-o* de védico y en general en indio antiguo (*-ad.*), representa la distribución original, frente a la generalización de *-d* al ablativo de toda clase de temas en vocal que se da en itálico, con paralelo en el avéstico reciente, o al genitivo-ablativo sincrético en *\*-od* de los temas en *-o* balto-eslavos (lit. *vilko*, esl. ant. *vlka*).

Un problema mucho más complicado, aunque también mucho menos familiar, es el de las desinencias de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> personas, sing. y 2.<sup>a</sup> pl., del “perfecto” semítico. Es opinión generalizada que se debe partir, para explicar las distribuciones históricas, de sufijos de esta o parecida forma, sin tener en cuenta las posibles diferencias de cantidad vocálica:

	Sing.	Pl.
1. <sup>a</sup> pers.	<i>-ku</i>	-
2. <sup>a</sup> “ masc.	<i>-ta</i>	<i>-tumu</i>
2. <sup>a</sup> “ fem.	<i>-ti</i>	<i>-tin(n)a</i>

Esta es en realidad, por lo que hace al consonantismo inicial, la distribución que hallamos en acadio: *-ku*, *-ta*, *-ti*, *-tunu*, *-tina*. En árabe y semítico del noroeste, tenemos *-t-* extendido a todos los sufijos, mientras que en etiópico y sudarábigo (moderno) se ha generalizado, por el contrario, *-k-*. Pero, para la nasal interior de los sufijos de 2.<sup>a</sup> pl., se ha considerado original la diferencia nasc. *-m-/fem. -n-*, apoyada, es cierto, por la mayoría de los testigos, frente a la igualdad (*-n-*) del acadio; otro tanto cabe decir del timbre de la primera vocal (*-u/-i-*). Y, aunque evidentemente han pesado otros testigos que los que aquí se han aducido (en primer lugar, los pronombres personales autónomos y sufijos en esas lenguas), se diría que, de una manera general, se considera que la distribución más improbable, por más irregular, es la que tiene mayores derechos a ser tenida por primitiva. O, dicho

de otra manera, es la *lectio difficilior* la que se toma por fuente y origen de las *faciliores*.

Pero, en el pronombre autónomo y sufijo de 3.<sup>a</sup> pers., la distribución más improbable, *h-* para el masculino y *š-* para el femenino, sólo se propone con mera posibilidad: bien es verdad que no la apoya directamente ningún testimonio, pues tenemos *š-* generalizado en acadio (posesivos, sing. 3.<sup>a</sup> masc. *-šu*, fem. *-ša*; pl. masc. *-šunu*, fem. *-šina*) y *h-* en las demás lenguas.

En lingüística descriptiva, hoy todo el mundo —es decir, todas las personas informadas— es estructuralista, es mayor o menor grado, de una u otra tendencia, según un estilo u otro, en el campo de la segunda articulación: a quien se ha rozado con la fonología no le es posible volver intacto a puntos de vista prefonológicos. Tenemos, pues, aquí una conquista permanente **cth`ma eij a eiv**, como solía decir Ortega— de la lingüística sincrónica, que podrá ser afinada y hasta superada, pero nunca abandonada o desechada. Y, además de su propio valor en su dominio propio, se nos aparece como un modelo para el estudio, mucho más complejo, de las unidades de doble cara de la primera articulación, donde los puntos de vista estructuralistas están lejos de haberse impuesto todavía de un modo tan general como en el plano de la expresión.

No es muy distinto lo que ocurre en lingüística diacrónica aunque aquí el estructuralismo haya llegado con algún retraso. La fonética histórica se ha convertido en fonología diacrónica: no hay más que recordar la amplia y profunda influencia que ha ejercido y ejerce, por citar el ejemplo más señalado, la *Économie des changements phonétiques* de A. Martinet.

También aquí, sin embargo, la evolución de los sistemas morfológicos es mucho más compleja que la de los fonológicos y la reconstrucción de los signos depende esencialmente, como ya se ha indicado, de la reconstrucción de los significantes.

Esbozos de teoría de las oposiciones significativas han sido adaptadas a la diacronía o ideadas para ella. La hipótesis de una correlación entre marca formal y término marcado de una oposición significativa, hipótesis probable en términos estadísticos, ha sido aprovechada sistemáticamente en la reconstrucción.

Esta correlación o paralelismo está evidentemente en conexión con el concepto, más ambicioso y más discutido, del isomorfismo entre los planos de la expresión y del contenido o, en términos más generales, entre distintos niveles de organización lingüística. No creo injusto afirmar que, en el terreno de la reconstrucción, Kurylowicz ha llevado su aprovechamiento más lejos que ningún otro: su obra constituye así quizá la derivación más interesante de ideas básicas de Hjelmsov, Brøndal (cfr. *Acta lingüística* 6 (1960-51), p. 100 ss., reseña de *Les parties du discours*) y la escuela danesa, bien que desarrolladas de manera muy independiente. Es digna de señalarse esta fecundidad en campo ajeno de ideas que en el propio, el de la descripción, parecen haber sido poco fértiles, en la práctica naturalmente, dejando a salvo su valor teórico.

Kurylowicz parte siempre, y es en esto un estructuralista total, de sistemas, mayores o menores, que contienen en sí el germen y el condicionamiento de los sistemas posteriores, sin perder nunca de vista el conjunto por el detalle. Lo es también por su decidida defensa de la autonomía de la lingüística, incluso de la diacrónica, ya que para él “reconstrucción interna” es,

a fin de cuentas, “reconstrucción puramente lingüística”. Y, por mucho que el detalle de sus razonamientos pueda prestarse a discusión alguna vez —o muchas—, ha introducido o elaborado, en la lingüística diacrónica en general y en la reconstrucción en particular, conceptos de primera importancia, tanto teórica como práctica: identificación, polarización, diferenciación, el *rapport de fondation* (formal, funcional y formal y funcional a la vez), la jerarquía de variantes, paralela a la jerarquía de formantes y funciones, primaria y secundaria, de un morfema, etc.

Alguna vez se han expresado reparos importantes acerca de la validez de esquemas de evolución presentados poco menos que con el carácter de normas universales del devenir lingüístico. En efecto, no deja de parecer audaz que, cuando todavía siguen oscuras las líneas de la evolución fonológica, aunque estamos familiarizados con algunas de sus vías más frecuentes, Kurylowicz nos hable —con una convicción que nos infunde viva alegría, ya que no plena certeza— de “ciertas leyes pancrónicas de cambio funcional”, fundamentales para la reconstrucción (adverbio -> caso “concreto” -> caso “gramatical”, colectivo -> plural, iterativo -> pres. durativo -> pres. general o indeterminado, etc.), o de “ciertos universales que rigen la evolución de morfemas, universales cuya existencia debe ser reconocida a causa de las pruebas empíricas cada vez más abundantes”.

Es evidente, a mi modo de ver, que, puesto que nos movemos en el terreno de la experiencia y no en el de las condiciones *a priori*, la prueba debe ser también empírica y por esto debemos gratitud a Kurylowicz por haber reunido y puesto a la disposición de todos un cuantioso acervo de ejemplos de evolución morfológica, tomados de lenguas muy distintas, aunque casi siempre indoeuropeos (o semíticas). Porque, si es cierto que un especialista en fonología puede llegar a dominar materiales de centenares de lenguas distintas, difícilmente puede ocurrir lo mismo en morfología, donde se precisa un conocimiento profundo, y a veces muy profundo, de cada una de las lenguas consideradas.

Es también mérito incuestionable de Kurylowicz, porque no siempre se ha tomado la misma precaución, el distinguir cuidadosamente la historia documentada de la prehistoria reconstruida, ya que en su estudios las etapas de la evolución prehistórica supuesta, que aspiran a la “verdad estructural” de Benveniste, están apoyadas en evoluciones reales, dotadas de “verdad histórica”, pero no apoyan a su vez a nada. ¿Cómo podrían sostener nada, si son ellas mismas las que necesitan soporte?

Para resumir mi punto de vista, habría que partir de dos axiomas, que parecen estar más allá de toda posible discusión. El primero es que todo lo que es real es *eo ipso* posible y el segundo, que la riqueza combinatoria de la realidad es no sólo mayor, sino de un orden de magnitud inconmensurable con la capacidad combinatoria de la imaginación humana más rica.

La hipótesis de un acento inicial en latín en época pre- o protohistórica, ideada para explicar las alteraciones del vocalismo en sílaba interior, encuentra claro apoyo en hechos germánicos y célticos; la distribución de la aspiración en algunos dialectos vascos, arcaizantes a este respecto, explicable por un acento “columnal” en la segunda sílaba de la palabra, salvo excepciones en general bien clasificadas, tiene el apoyo de la distribución de *h* en galés, antes y después del retroceso del acento de la última sílaba (antigua penúltima) a la

penúltima. La reducción seguida de pérdida o vocalización plena de *i*. -*e*. \**e* en posición débil puede aducir en su favor el proceso histórico de los *jers* eslavos: nom. *tzrztz* > ruso *trot*, gen. *tzrzta* > ruso *torta*, etc. No es que, a la inversa, todo lo posible haya de ser también real, pero una explicación que se mueve dentro de la posibilidad empírica y cuyo grado de verosimilitud puede incluso ser establecido es preferible a una construcción que sólo cuenta con una plausabilidad interna... y subjetiva.

Cabría pensar en la ayuda que la reconstrucción pudiera recibir de los estudios tipológicos, pero la tipología estática o sincrónica misma se encuentra, como se sabe, a un nivel no demasiado elevado y aquí tendríamos necesidad de una tipología diacrónica o dinámica. La conocida ponencia de Jakobson no puede decirse que abra nuevos horizontes. Necesitaríamos “leyes de implicación”, expresiones de la jerarquía de los hechos lingüísticos, pero las que cita se refieren únicamente a la fonología y no podemos contentarnos con ella. Su mayor aportación parece consistir en la inverosimilitud de ciertas reconstrucciones y muy en particular la del sistema indoeuropeo con una sola vocal y oclusivas sonoras aspiradas sin sordas que se les opongan. A pesar del largo eco que han tenido estas consideraciones, se podría objetar que la notación de una reconstrucción a gran escala (véase abajo, §1.2 s.) tiende, por imposición de las circunstancias, a ser algebraica más que minuciosamente fonética y que no hay en ello mayor daño, si se la toma como lo que es: hasta hay quienes piensan que es mejor que sea así.

En todo caso, vuelvo a insistir, necesitaríamos una tipología que fuera algo más que un catálogo ordenado de sistemas fonológicos. Precisamos una que abarque todos los niveles de la estructura lingüística y, para la reconstrucción, un esquema de las posibilidades de evolución de los tipos y sus líneas de mayor frecuencia. Esto es lo que promete ser la teoría del tipo lingüístico de Coseriu, concebido como conjunto de posibilidades más amplio que el sistema, más rico en virtualidades, pero no abierto a cualquier evolución.

Pero por ahora, dentro del terreno inmediatamente empírico, cabe señalar que nuestra experiencia, en materia de evolución lingüística, adolece de graves limitaciones. Sabemos, por ejemplo, de tiempos simples (*haré*, etc.) que a partir de formas compuestas, de posposiciones que se han convertido en desinencias casuales (vasc. *-rekin* “con”, etc.), por una soldadura endurecida con el tiempo que ya no admite ninguna “tmesis”, sabemos también de muchas lenguas que en el curso de su historia han reducido o perdido el género, etc.

El georgiano, por citar otro ejemplo, conoce hoy dos tipos de formación del plural, uno regular, puesto que el tema de pl. se declina lo mismo que el de sign.; en el otro, en cambio, hay una marcada asimetría entre los dos números. Así, de *k'aci* “hombre”, tenemos:

	<i>Sing.</i>	<i>Pl. 1</i>	<i>Pl. 2</i>
Nom.	<i>k'ac-i</i>	<i>k'ac-eb-i</i>	<i>k'ac-ni</i>
Gen.	<i>k'ac-is(a)</i>	<i>k'ac-eb-is(a)</i>	
Dat.	<i>k'ac-s(a)</i>	<i>k'ac-eb-s(a)</i>	<i>k'ac-t(a)</i>
Ergat.	<i>k'ac-ma</i>	<i>k'ac-eb-ma</i>	

El primer plural es hoy el normal y general, mientras que el segundo se mantiene en restos, en usos especializados, lo cual sería ya indicio de su mayor antigüedad: esta suposición queda ampliamente confirmada, de otra parte, por la larga historia de la lengua. Pero lo que ahora nos interesa es que en otras dos lenguas, indoeuropeas éstas, de la “liga” lingüística caucásica, el armenio y el oseta, se ha cumplido el mismo proceso. Es decir que en todas ellas se ha dado el mismo abandono de lo que E. Lewy llama *Formvariation*, regularizándose la declinación por disociación de morfemas:  $f$ (número + caso)  $\rightarrow f1$  (número) +  $f2$  (caso). En armenio mod., tenemos nom. sign. *hay* “armenio”, gen.-dat. *hay-u*, abl. *hay-ē*; nom. pl. *hay-er*, gen.-dat. *hay-er-u*, abl. *hay-er-ē*, con el nuevo morfema de pl.  $-(n)e$ , frente a ant. *ban* “palabra”, *ban-i*, *ban-ē*; pl. *ban-k*, gen.-dat.-abl. *ban-is*, etc. El oseta forma el pl. de idéntica manera (sing. nom. *saer* “cabeza”, gen. *saery*, dat. *saeraen*, etc.; pl. *saertae*, *saerty*, *saertaen*, etc.), en abierta oposición con las desinencias plurivalentes del iránico antiguo.

Pero, volviendo a lo que arriba se ha apuntado, si poseemos buena documentación histórica de esta y de otras modificaciones de sistemas morfológicos, carecemos de experiencia de otros procesos. Así, que yo sepa, jamás se ha asistido al nacimiento de la categoría de género y mucho menos al de una flexión tan compleja, nominal y verbal, como la indoeuropea. Hay abundantes casos de alternancia, vocálica y consonántica, en muy diversas lenguas, dependientes todavía del condicionamiento fonético o que muestran claramente una dependencia anterior, pero una apofonía como la indoeuropea y todavía más la semítica presentan una riqueza y complejidad que exceden de lo que la historia conocida de las lenguas, al parecer demasiado breve, nos permite documentar.

Una reflexión sobre las relaciones entre la comparación externa y la reconstrucción interna en el escalón más alejado —no la que se ocupa de la cronológica relativa de hechos intermedios entre dos estados de lengua, reconstruidos o atestiguados— nos lleva a la conclusión manifiesta de que los resultados de aquella son los fundamentos que sirven a ésta de punto de partida. Los arcaísmos residuales (como *es/son*, al. *ist/sind*, ruso *est/sut*, etc.) son el apoyo más sólido de la reconstrucción comparativa, como tantas veces enseñó Meillet, y no las formas que pertenecen a clases productivas hasta época tardía: demuestran el parentesco genético de las lenguas indoeuropeas y sus protoformas pueden ser asignadas a un estado de lengua que tenemos derecho a llamar indoeuropeo, puesto que su base es indoeuropea común. De igual manera, la heteroclisia, la distribución irregular de las desinencias cero,  $-m$  y  $-d$  en el nom. —acus. sing. de nombres y pronombres neutros, que se repite fielmente en hitita, son indoeuropeas, hito final y firme de la reconstrucción comparativa.

Pero nos queda aún el recurso a la última instancia, la reconstrucción interna. Pues la materia prima que ésta elabora son las irregularidades ( $*es/-s-$ ,  $*-lonti/-ti$ , av. *pantā-/paø*, etc.) y su producto, las regularidades anteriores a que trata de reducir las y el análisis de los hechos brutos de la comparación ( $*-ti$ ,  $-toi$ , etc., =  $*-t + -i$ ,  $-to + -i$ , etc.).

Por la comparación obtenemos formas reales, al menos aproximadamente, y sistemas ideales, más o menos fragmentarios de una protolengua, referida no a un momento, sino a toda la época comprendida entre los arcaísmos

no analizables y las últimas innovaciones prehistóricas comunes. Todavía, con todo, nos movemos dentro de una cierta sistematicidad, al menos intencional, reflejo atenuado, pero reflejo, de la sistematicidad de las lenguas reales. Más arriba, sin embargo, la reconstrucción nos lleva generalmente a elementos aislados y sueltos. Sin duda estaban integrados en sistemas anteriores, pero es muy poco, si hay algo, lo que podemos saber de ellos. La comparación nos lleva a postular temas heteróclitos en *-r/-n* y es natural pensar que se deben a la integración de temas diferentes en un mismo paradigma, pero, ¿qué nos dice esto de su posición respectiva en un estado de lengua anterior?

A esto equivale la razonable advertencia de Kurylowicz de que la aparición, al nivel de la reconstrucción, de una categoría morfológica (pl., fem., etc.) no pasa nunca de ser una conjetura, ya que lo que queda a nuestro alcance son los formantes que servían para su expresión y nunca se podrá demostrar si éstos, los más antiguos que descubrimos, fueron en realidad los primeros exponentes de esa categoría. Porque en la historia como en la prehistoria, en la realidad como en la reconstrucción, todo estado de lengua procede de otro estado de lengua, un sistema estructurado de otro sistema también estructurado.

Para terminar esta parte, permítaseme tocar con la mayor brevedad una nueva técnica, casi un proyecto todavía, que apunta ahora en la reconstrucción. Me refiero a la semejanza, señalada arriba, entre la técnica de la reconstrucción lineal y la novísima gramática transformativa, aunque tenga ya raíces en Panini, cuya difícil concesión ya no es mirada con el aire de superioridad –mezclada, eso sí, de admiración– con que la veían algunos occidentales a fines de siglo pasados y principios del actual: cf., por ejemplo, Arthur A. Macdonnell, *A Sanskrit Grammar for Students*, reimpr. 1962, p. x ss. Siempre no es difícil, cuando estamos acostumbrados a movernos dentro de un determinado círculo de ideas y técnicas, aunque estas sean relativamente nuevas, hacer el esfuerzo necesario para adquirir el conocimiento, elemental o profundo, de otras de aparición más reciente. Es natural, por eso, que los comparatistas, con la señalada excepción de Kurylowicz, no se hayan preocupado demasiado de la gramática generativa, todavía en embrión: no es nada que aparentemente tenga que ver con la comparación o la reconstrucción, aparte de la difusión que tiene el concepto –radicalmente erróneo– de que la gramática transformativa tiene más que ver con el lenguaje de las máquinas que con el lenguaje humano.

Hay, sin embargo, un trabajo todavía reciente de Karl V. Teeter que sí tiene que ver con la diacronía. Los hechos que presenta, aunque del mayor interés, no difieren en naturaleza de muchos otros que los comparatistas conocen y vienen utilizando hace mucho tiempo: son dos notables coincidencias entre el wiyot, lengua de la costa de California, con las lenguas algonquinas y, en particular, con su grupo central, estudiado desde el punto de vista comparativo por Bloomfield, coincidencias que a todas luces bastarían para demostrar el parentesco genético.

Lo que hay de novedad es el punto de vista desde el cual juzga Teeter la coincidencia, que es una coincidencia de “reglas”. “Sólo podemos construir una gramática comparada –escribe– sobre semejanzas que sean lo bastante profundas para excluir como hipótesis el azar y la difusión, y lo bastante con-

textualizadas para excluir que proceden de universales”. Hay en esta frase, expresión renovada de una antigua verdad, dos palabras sobre las que conviene detenerse. En primer lugar, “gramática (comparada)”, denominación un tanto caída en desuso últimamente, que ahora reaparece como término de vanguardia; en segundo, la “profundidad” de las reglas, puesto que la gramática se concibe como un conjunto *ordenado* de reglas. Las excepciones y anomalías en que se basa la reconstrucción comparativa son, en esta concepción, reglas profundas, en otras palabras antiguas.

El mismo autor ha vuelto sobre el tema en un artículo posterior. Combate, claro está, la concepción de la gramática como inventario de elementos y no como un sistema ordenado de reglas: las palabras se aprenden, pero las reglas gramaticales se inventan. El parentesco genético es el resultado de un desarrollo divergente a partir de una lengua común, divergencia que es el resultado de la adición de nuevas reglas a la gramática de ésta: como algunas reglas han tenido que perderse y sus efectos se han borrado; la reconstrucción tendrá que ser por necesidad incompleta.

Naturalmente, esta “profundidad”, corolario del carácter ordenado de las reglas, no ha de tomarse en el sentido trivial, bien conocido de los neogramáticos, de que las transformaciones fonológicas han de realizarse a veces en un orden determinado. Así, como enseña Menéndez Pidal en *collocat* > *cuelga*, etc., la alteración de la oclusiva interior, por lo mismo que se produce en posición intervocálica (cf. *puesto* > *postu*, no de *positu*!), debe preceder a la pérdida de la postónica, mientras que en *collocat* > fr. *couche*, al invertirse el orden, el proceso de sonorización no ha podido llegar a verificarse. Se podría pensar en procesos de mayor generalidad, por ejemplo en modificaciones en la posición del acento. En latín tendríamos, a título de ilustración y sin la menor intención polémica, 1) acento libre, 2) acento inicial, 3) posición del acento determinada por la cantidad de la penúltima, 4) acento de nuevo libre aunque limitado prácticamente a la penúltima y antepenúltima sílabas y más adelante a las tres últimas. En cada una de las etapas, la nueva regla sustituye y borra la anterior no se le superpone, excepto tal vez en 4) porque no supone cambio mayor de posición con respecto a 3): lo que ha desaparecido es el condicionamiento de la posición por la cantidad de la penúltima sílaba.

Si hacemos depender metafonía y síncope de un acento inicial, también a título de ilustración, la alteración del vocalismo en sílaba interior, en cuanto proceso lineal y sin tener en cuenta sus extensiones o restricciones posteriores, habría que ser introducida después de 2) y antes de 3). Del mismo modo, la ley de Verner en germánico, con su identificación de *-a* < *\*t* en sílaba interior con *d* < *\*dh*, etc., en toda posición, habría de situarse después en 1) (acentos libres) y antes de 2) (acentos demarcativos en inicial de morfema).

Una objeción de principio a esta técnica —que, recordémoslo, no ha sido aun sometida a prueba— se presenta naturalmente. Las reglas de una gramática generativa son reglas ordenadas: ¿significa esto que su ordenación corresponde unívocamente a la realidad, no es más que el reflejo de la ordenación misma de las reglas de la lengua? ¿No es acaso más cierto que la ordenación en la gramática es dentro de amplios límites arbitraria y determinada por el deseo de buscar en cada caso la solución más simple y acaso también la más elegante?

### LABURPENA

Hizkuntza konparatzearen eta era-aldatzearen arloan emandako joeren gain-begirada ematen du egileak, parekatzearen birreraiketa ala gramatika eraldatzailearen edo trasformatzailearen artean hautua egin ahal izateko. Hizkuntzaren egoera guztia, hizkuntzaren beste egoera batetik datorrela kontuan izanik, kanpoko konparabidearen nahiz barneko birreraikitzearen baliagarritasuna aitortzen du elkarren lagungarri. Den guztia posible da, hain zuzen, eta errealitateak duen aldakortasunaren altxorrek giza-adimenak neur ezin halako emankortasuna du aldi berean

### RESUMEN

El autor hace una exposición razonada de las teorías sobre la comparación y la transformación lingüística, en la alternativa de la reconstrucción lineal y la gramática transformativa. Teniendo en cuenta que todo estado de lengua procede de otro estado de lengua, llega al principio de complementariedad entre la comparación externa y la reconstrucción interna. De hecho, todo lo real es posible y, al mismo tiempo, la riqueza combinatoria de la realidad supera de manera inconmensurable la capacidad combinatoria de la imaginación.

### RÉSUMÉ

L'auteur réalise un exposé raisonné des théories sur la comparaison et la transformation linguistique, en cas d'alternative de la reconstruction linéaire et la grammaire transformative. Si l'on considère que tout état de langue procède d'un autre état de langue, on aboutit au principe de complémentarité entre la comparaison externe et la reconstruction interne. En fait, tout le réel est possible et, en même temps, la richesse combinatoire de la réalité dépasse de manière inconmensurable la capacité combinatoire de l'imagination.

### ABSTRACT

The author makes a reasoned exposition of the theories regarding linguistic comparison and transformation in order to make the choice between lineal reconstruction and transformational grammar. Taking into account that all states of language originate from another state of language, he reaches the principle of complementarity between external comparison and internal reconstruction. In fact, all that is real is possible, and at the same time, the combinatory wealth of reality greatly exceeds the combinatory capacity of the imagination.